

cogió abundantísimos frutos; con su modestia, santamente amable, edificaba á los pueblos en donde ejercía el ministerio, y con su ameno trato les ganaba las voluntades para servicio del Señor. En atención á sus cualidades lo escogió el Padre Claret por compañero cuando fué de Arzobispo á Santiago de Cuba; trabajó allí con incansable celo dando Misiones, ejercicios y conferencias, y víctima de su celo hubo en 1832 de regresar á España por haberse malogrado su salud con los excesivos trabajos.

En el tiempo en que llegó á Vich no se hacían aún en nuestra Congregación los votos y el juramento de permanencia; de manera que cada uno estaba en completa libertad para irse á su casa; por lo cual no es de extrañar que el P. Vilaró, á instancias de su familia, residente en el mismo Vich, se hospedara en ella y no en la Casa-Misión; pero hubo aquí además un sentimiento de delicadeza por parte de D. Manuel, porque, como nuestros Padres eran entonces muy pocos y debían multiplicarse para satisfacer á los muchos que los llamaban para ejercer el ministerio, no juzgó prudente que, por atender á él en su enfermedad, les fuera de estorbo para lo principal, como era la salvación de las almas; mas con el corazón vivió siempre entre ellos durante los pocos meses que duró la enfermedad que le llevó al sepulcro. Fué siempre asistido en ella por el P. Clotet, y aun parece que le cerró los ojos y que en sus brazos entregó el espíritu al Señor. Dulce y santa fué su muerte, y ha dejado entre nosotros el suave olor de sus virtudes.

Otro de los primitivos compañeros del Padre Fundador fué D. Domingo Fábregas, que nació en Orís el 10 de Julio de 1817, y contaba entonces treinta y dos años. De estatura antes baja que alta, hombre sencillo, tímido por natural, de temperamento algún tanto melancólico, pero de buena complexión y presencia, en extremo laborioso, dotado de un ingenio regular, de voz clara y penetrante, componía y se expresaba con facilidad; la claridad y el buen orden con que exponía los conceptos, atraían á sus predicaciones numerosa concurrencia; pero él, lejos de desvanecerse por ello y de atender á contentar á los hombres, predicaba siempre á lo apostólico, con la única mira de salvar las almas y dar gloria á Dios. Premió el Señor su rectitud y sencillez evangélicas con abundante cosecha de conversiones y con gracias muy singulares, que le mantuvie-

ron siempre muy fervoroso y observante á pesar de las inclinaciones de su temperamento, con lo cual mereció la confianza de los Superiores, que sucesivamente le encargaron el gobierno de la Casa-Misión de Gracia y de Solsona.

El último y más joven de todos los compañeros fué el reverendo D. Jaime Clotet, que sólo tenía á la sazón veintisiete años, aún no cumplidos. Nació en Manresa á 24 de Julio de 1822; á los diez ú once años comenzó á estudiar Gramática latina en el colegio de San Ignacio de su pueblo natal; pasó después á Barcelona á estudiar Filosofía y Teología dogmática, y, por último, se trasladó á Vich, en donde cursó con gran aprovechamiento Teología moral. Facultado por un breve pontificio, fué ordenado de subdiácono por el obispo de Perpignan, y de allí se fué á Roma, en donde estuvo de cuatro á cinco meses, durante los cuales recibió el diaconado y presbiterado. Apenas hubo regresado á Vich se le encargó la catequística en una de las iglesias de la ciudad, para el cual oficio tenía singular gracia y donaire. Fué luego nombrado vicario de la parroquia de Castellfollit de Boix, cargo que desempeñó con gran acierto cosa de un año, al cabo del cual fué trasladado como ecónomo á la parroquia de Santa María de Civit. Aunque era mucho su celo y el bien que en las almas hacía por la escrupulosa exactitud con que cumplía sus deberes, conoció que el Señor no le llamaba por aquel camino, y al cabo de año y medio de estar en su nuevo destino escribió al Dr. D. Jaime Passarell, secretario del señor Obispo, que sin ánimo de faltar á la obediencia creía un deber suyo exponerle que su vocación especial no era la cura de almas. Valióse Dios de este medio tan sencillo para atraer á la nueva fundación aquella alma tan amable por su candor y sencillez, de la que intentaba hacer un vaso de elección y santidad. La respuesta que recibió el Sr. Clotet de su Superior fué que se presentase inmediatamente en la Secretaría del obispado, y allí, tanto el señor Passarell como el Dr. Soler le ordenaron que se avistase con el Siervo de Dios D. Antonio Claret, á quien él sólo conocía por la fama de sus predicaciones apostólicas. Verificólo al punto el joven sacerdote, y cuando estuvo en presencia del esclarecido Misionero o díjole éste:

“—Algunos sacerdotes amigos hemos resuelto vivir juntos con un plan de vida y dedicarnos á la oración y al estudio, é



ir á predicar adonde nos mande el Prelado; y en aquellos meses del año en que por lo común no se predica, estar retirados en nuestra casa y emplear el tiempo descansando, orando y dando repaso á las ciencias. ¿Le gustaría á Ud. este método de vida?»

El buen D. Jaime era tan humilde, y tan bajo concepto tenía de sí, que no se atrevió á responder directamente á la pregunta; pero dejó á su amable sencillez el proseguir esta interesante narración. «¿Qué harán Uds., — respondí yo, — de un hombre de débil complexión, de baja estatura, voz apagada, sin dotes oratorias y de cortos alcances?

„— Déjese Ud. de cualidades, — me contestó él; — responda usted únicamente á mi pregunta.

„— Pues digo que me gusta el plan.

„— Siendo así, — continuó él, — disponga Ud. las cosas de manera que el 15 de Julio pueda Ud. estar en Vich; pronto le mandarán á Ud. un sustituto.

“Sucedía esto en el mes de Junio, y el tiempo era escasísimo; pude, sin embargo, estar allí el día prefijado. Habiéndole dado conocimiento de mi llegada, me dijo: “Mañana, á las tres de la tarde, le aguardaré á Ud. en el Seminario.” Fui allí, hiciéronme subir al piso más alto, y abriéndome uno de los cuartos de los seminaristas, me dijeron: “He ahí el aposento de Ud.” Entró, y veo una cama, una mesita, una silla, una palangana y un pequeño cántaro de agua. Después de un rato, me llaman diciendo: “¿Se servirá Ud. pasar á nuestra sala de conferencias y oratorio? — Con mucho gusto, — respondí yo.” Era otro cuarto de un seminarista: un crucifijo sobre una mesita, una imagen de la Madre del Divino Amor pintada al óleo, la cual todavía se conserva en la Casa-Misión de Vich; una silla muy modesta para el presidente y dos bancos sin respaldo para la pequeña Comunidad, constituían todos los muebles con que estaba alhajado.

„Allí vi al Rdo. D. Esteban Sala, sacerdote ejemplar, de vastos conocimientos y gran predicador; allí al Rmo. P. José Xifré, varón de grande actividad y empresa, y actualmente Superior general de nuestra Congregación; allí al Rdo. Don Manuel Vilaró, que había seguido al Padre Fundador en varias Misiones y que le acompañó de Secretarió cuando fué á Cuba de Arzobispo; allí al Rdo. P. Domingo Fábregas, también

predicador notable por su celo, sencillez y claridad de ideas. Después de una breve conversación, unos se salieron y otros se quedaron. De éstos uno fué el Siervo de Dios, el cual nos dijo: “Hoy se comienza una grande obra.” El P. Vilaró respondió sonriéndose: “¿Cuál puede ser su importancia siendo nosotros tan jóvenes y tan pocos en número? — Ya lo verán Uds., — replicó el P. Claret; — y si somos pocos, resplandecerá más el grande poder de Dios (1).”

Sobre estas seis columnas, que tan débiles en un principio parecían, asentó el Señor efectivamente el grandioso edificio de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, para que se viese con mayor claridad que en lo flaco de los hombres está la fortaleza de Dios y que es Él quien levanta y humilla, según los designios de su adorable Providencia. Y si tanto resplandece el poder del Señor por haber hecho salir obra tan gloriosa de orígenes tan humildes, no brilla menos su infinita sabiduría y su entrañable bondad por el lugar y tiempo en que acudió á remediar con la nueva fundación las necesidades de la Iglesia española y por los medios de que se valió para afianzar la institución.

En cuanto al lugar, no parece que podía haber excogitado otro más á propósito que la religiosa ciudad de Vich, ora porque en aquel tiempo resplandecían en ella muchos sacerdotes, verdaderas lumbreras del clero español, no menos por sus virtudes y apostólico celo que por la solidez, pureza y amplitud de su doctrina, los cuales, ya con sus cosas y personas, ya con sus consejos é influencias, podían favorecer sobremana la ejecución del proyecto, ora por estar la población menos maleada que en otras partes y ofrecer, por lo tanto, mayores garantías de paz y seguridad en tiempos de revueltas, de las que no estaba aún enteramente asegurada España.

Ni el tiempo de la fundación podía ser más providencial. Acababa de terminar la guerra civil, que tantos males y ruinas atrajo sobre España; muertos ó desterrados los religiosos en las pasadas revoluciones, perseguidos los ministros más celosos de la casa del Señor, coartada la libertad de los Prelados para constituir legítimos pastores á su grey, arruinados innumerables templos y revueltas con sus piedras las cenizas

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.



de sus sacerdotes, profanados en muchas partes los santos asilos de las esposas del Cordero inmaculado, roto el freno de la autoridad y legalizada la licencia y corrupción en el seno de los pueblos y de las familias, España, aquella noble España, antes señora del mundo porque era servidora de Cristo, presentaba en 1849 un cuadro tristísimo, capaz de arrancar dolorosas lágrimas á cuantos conservaban algún ligero recuerdo de lo que poco antes había sido. ¿Cómo estarían los pueblos, privados por mucho tiempo del pasto espiritual? ¿Cómo las ciudades, que tan sangrientas escenas habían presenciado al grito de libertad, de aquella libertad que traía consigo pesadísimas cadenas, y que en las calles y plazas, en los círculos y reuniones sólo oían escarnios á la Religión, insultos á los sacerdotes, doctrinas desmoralizadoras, cosas, en fin, que el rubor prohíbe nombrar y la vergüenza descubrir? Tras aquella tempestad, impregnada de espíritu revolucionario y anticatólico, los pueblos necesitaban respirar una atmósfera más pura para no morir de asfixia ó envenenamiento. ¿Quién podía entonces levantar el espíritu religioso, serenar las conciencias, tranquilizar el hogar y pacificar la misma Patria?

Sabido es por la Sagrada Escritura y por las lecciones que nos da la Historia general de la Iglesia que la predicación de la divina palabra ha obrado en todos los siglos semejantes maravillas, y así ésta debía ser la que en España introdujese de nuevo en la vida del individuo, de la familia y de la sociedad el espíritu vivificador de Jesucristo, que es espíritu de paz, de caridad y santificación. Mas había por entonces en nuestro suelo, como se ha dicho, una barrera infranqueable que prohibía penetrar en él á los religiosos, que de ordinario han sido los verdaderos predicadores apostólicos en quienes se han cumplido de lleno los efectos que á la palabra de Dios están vinculados. En estas circunstancias, el Señor, que en su amorosa bondad no quería abandonar enteramente á la ingrata España, suscitó el espíritu apostólico del P. Claret, el cual, después de haberse mostrado dechado de varones evangélicos recorriendo las provincias de Cataluña y la Gran Canaria, por divina inspiración juntó obreros apostólicos, los unió con vínculos de caridad, dióles reglas y consejos acertadísimos para ser verdaderos Misioneros poseídos del espíritu de Dios, y para que, armados de este modo, se esparcieran por

todas las poblaciones de España y aun por el universo mundo con el fin de anunciar la palabra evangélica y restablecer el orden moral, tan perturbado por un diluvio de vicios y errores.

Aunque desligados en un principio sus individuos de los votos religiosos y de la obligación de permanecer siempre en el Instituto por no excitar contra ella las persecuciones del Estado, eran, no obstante, en el espíritu y en el fervor verdaderos religiosos por la fidelidad con que observaban todos los consejos evangélicos, y así sus palabras, sus pláticas y predicaciones fueron eficacísimas, como lo acreditó la experiencia, para remediar en gran parte las necesidades del pueblo fiel é impedir que España caminara más precipitadamente á su ruina. De este modo se manifestaba por todos lados la amorosa providencia de Dios en la fundación de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María.

Verificóse la inauguración de este Instituto el día 16 de Julio de 1849, día memorable en que la Iglesia española celebra el triunfo de la Santa Cruz por la milagrosa victoria de las Navas alcanzada contra los moros el año 1212, y en el que la Iglesia universal hace solemne fiesta á la santísima Virgen bajo el título de Nuestra Señora del Carmen.

Con lo primero parece que el Señor quiso dar á entender el triunfo que por medio de la Cruz los nuevos Misioneros alcanzarían contra las potestades infernales, haciéndola amar de los fieles y plantándola por vez primera en medio de tribus salvajes allá en las inhospitalarias regiones africanas. Con lo segundo diónos la Virgen á conocer que nos tomaba bajo su especial protección, y que á la sombra de ella creceríamos y nos multiplicaríamos, y florecería la Congregación como cardo lleno de rosas y cuajado de árboles.

Hizose la ceremonia de la fundación á las cinco de la tarde, y dió principio con diez días de ejercicios espirituales, que todos hicieron con gran fervor y recogimiento. Mostró el Siervo de Dios en la primera conferencia el inefable consuelo que su corazón experimentaba al ver establecida la obra por la que tantos años hacía andaba suspirando. Dijo que Jesús y María eran los fundadores de ella; comentando las palabras del salmo XXII: *Virga tua et baculus tuus ipsa me consolata sunt*, exhortó á los Padres á tener devoción y confianza en la



santa Cruz y en la Madre de Dios, al cual intento aplicó maravillosamente todo el predicho salmo. En las conferencias é instrucciones sucesivas trató de las virtudes propias de un buen Misionero, é insistió mucho en la necesidad de la mortificación, para lo cual aconsejaba y recomendaba eficazmente el no tomar sin justo motivo cosa alguna de alimento ó bebida en los intervalos de una comida á otra.

Fué por muchos conceptos notable la definición que dió en una de las conferencias del Hijo del Inmaculado Corazón de María, definición que vale por todo un programa, y que entraña á maravilla la substancia del espíritu apostólico y de lo más subido de la perfección. "Un Hijo del Inmaculado Corazón de María, — dijo, — es un hombre que arde en caridad, que abraza por donde pasa, que desea eficazmente y procura por todos los medios encender á todo el mundo en el fuego del divino amor. Nada le detiene, se goza en las privaciones, acepta los trabajos, abraza los sacrificios, se complace en las calumnias y se alegra en los tormentos. No piensa sino en cómo seguirá é imitará á Jesucristo en trabajar, en sufrir, en procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas."

Esta hermosa descripción es el retrato moral más acabado del P. Claret; su alma, sus sentimientos y aspiraciones traslúcense en ella en perfecta conformidad con sus obras; sin quererlo se pintó á sí mismo y probó que él era un verdadero Hijo del Corazón de María. Podíanos muy bien decir á manera del Apóstol: "Sed mis imitadores, como yo lo soy del Corazón de vuestra Madre." ¡Cuán bien supo copiar en sí aquel celo ardentísimo por la gloria de Dios y la salvación del mundo que consumía el Corazón de María! ¡Cuán bien le imitó en aquella resignación silenciosa con que sufrió las calumnias é insultos de los fariseos! ¡Con qué arte tan maravillosa supo inflamar su pecho en aquellas llamas inmensas que arden en el Corazón de María y abrasan cuanto tocan en divinos incendios! Y para juntar la práctica á la teórica, los ejemplos á la doctrina, en aquellos mismos ejercicios sirvió con mucha humildad y caridad á la mesa de los Padres, lo cual hizo con tal sencillez y naturalidad como si toda su vida hubiera estado ejerciendo aquél oficio bajo y humilde.

Mas aunque ponía á sus Misioneros fin de tan alta perfec-

ción y que tan heroica abnegación comprende, no se crea que era con ellos severo y riguroso, sino antes muy manso y benigno. Con el afán de mortificarse, aquellos buenos Padres apenas comían, lo cual, como supiera nuestro Padre Fundador, un día que se hallaban reunidos les dió esta saludable advertencia: "El señor Vicerrector del Seminario me ha dicho: "Es-  
„tos Padres no comen„. Al hablarles á ustedes de la necesidad de mortificarse en todo, y particularmente en la comida, no es mi ánimo decirles se priven ustedes de lo que conviene á la salud y á la conservación de las fuerzas corporales."

Concluidos los ejercicios, se distribuyeron las horas de manera que todas, á excepción de las destinadas al descanso y á una recreación honesta que tenían todos juntos, se empleaban en la oración y en el trabajo. Al principio, la vida que llevaban y el modo de portarse en las distintas ocasiones y con las diversas personas que podían ofrecerse, aprendíanlo verbalmente del mismo Padre Fundador, el cual, así como en sus acciones era espejo en que todos se miraban, así en la doctrina era especialmente ilustrado y guiado del Señor. Mas como el intento del P. Claret era fundar una Congregación perfectamente organizada para que pudiera perpetuarse en la Iglesia de Dios y continuar produciendo los frutos que de ella esperaba, y aun que se convirtiera en Congregación religiosa cuando las circunstancias de los tiempos fueran á ello en España favorables, hacía necesario escribir las Reglas por las que debían regirse y consignar por escrito lo que verbalmente les había ordenado para la organización y buen gobierno del naciente Instituto. La necesidad de escribir las Reglas se hizo más palpable cuando en el mes siguiente á la fundación se vió con sorpresa el nombramiento del P. Claret para el arzobispado de Santiago de Cuba, al cual, como en su lugar se dirá, no le fué posible, á pesar de sus instancias, renunciar. En la necesidad de verse la Congregación, á no tardar, separada de su digno Fundador, los Padres le rogaron con mucho encarecimiento que escribiera antes de irse las Reglas porque debían gobernarse, á lo cual accedió el P. Claret, pues no menos que ellos deseaba dar complemento á la grande obra que el Señor le había encomendado. Puso luego manos á la obra, y con la ayuda del Señor escribió en muy poco tiempo las Reglas que en aquellas circunstancias le parecieron más acomodadas. Va-



mos á dar de ellas una ligera noticia, porque así se comprenderá mejor el modo de vivir de nuestros primeros Padres y se conocerá más claramente el espíritu de nuestro Padre Fundador, que está como encarnado en ellas.

En quince capítulos, que comprenden unas 76 páginas en 16.º, abrazó todo cuanto convenia consignar para el recto gobierno de la Congregación y cuanto puede desear un perfecto Misionero en materia de espíritu. Trata en el capítulo I del título y objeto de la Congregación. El título que ya desde un principio le dió, y que después ha conservado con aprobación expresa de la Santa Sede, fué el de *Congregación de Hijos del Inmaculado Corazón de María*. Si deseáramos profundizar en este título tan tierno y cariñoso hallaríamos materia abundantísima para muchas y muy variadas reflexiones; mas el carácter histórico de nuestra obra no nos permite sino apuntar dos ideas para dar á conocer algún tanto las relaciones que guarda con el fin y objeto del mismo Instituto.

En llamarnos *Hijos* manifestó la ternura filial con que debíamos amar á nuestra dulcísima Madre la Virgen María, la confianza sin límites que en Ella debíamos tener para salir airoso en las arriesgadas empresas de nuestro ministerio, y el espíritu de suavidad y dulzura que había de animar todas nuestras obras, como movidos al fin á impulsos del amor; pero de un amor sincero y afectuoso que allana las dificultades, suaviza las asperezas, triunfa con mansedumbre de las oposiciones de los hombres y engendra un espíritu heroico con apariencias tranquilas y con modos dulces y atractivos. En llamarnos hijos, no como quiera, sino *del Inmaculado Corazón de María*, completó aún más esa idea de ternura y sinceridad filial que debe caracterizar nuestra devoción á María, y además nos manifestó el manantial purísimo adonde debíamos acudir para hallar consuelo que nos aliente en los trabajos apostólicos, vida que anime nuestras obras, gracia que convierta á los pecadores que resistan á nuestros discursos y consejos, y fuerza sobrenatural para empujar á las almas justas á la más sublime perfección. Todo esto está, como cualquiera puede notar, íntima y hermosamente enlazado con el fin y objeto de la Congregación, que es, según se dijo, la gloria de Dios, la santificación de los individuos que la componen y la salvación de las almas de todo el mundo. Este primero y subs-

tancial capítulo persevera del mismo modo en las Reglas que después aprobó Su Santidad el Papa Pío IX, á excepción de alguna que otra modificación gramatical que en nada afecta á las ideas en él expresadas.

Los capítulos II, III, IV, V, VI y VII, que tratan de la constitución del gobierno de la Congregación, fueron algún tanto modificados y ampliados cuando las circunstancias lo permitieron, conforme á los deseos del mismo Fundador de la Congregación y del Sumo Pontífice. La Congregación, según las Reglas primitivas, debe ser gobernada por un Director general, un Subdirector, tres Consultores y los correspondientes Superiores locales. Después se añadieron los Superiores provinciales, el Ministro y el Secretario general. Constó ya desde un principio de sacerdotes y Hermanos ayudantes. Cuando las circunstancias fueron favorables á la Congregación, de acuerdo con el P. Claret comenzaron á admitirse estudiantes, que recibían instrucción en Colegios propios del Instituto.

El capítulo VIII expone lo concerniente á la admisión de individuos en la Congregación, y en él es donde se declara que, por más que concluido el año de permanencia en la Congregación nadie puede ser despedido de la misma sino por alguna falta moral notoriamente grave, sin embargo, cualquier individuo de ella se puede siempre ir libremente.

Cualquiera comprenderá que esta disposición era en gran manera onerosa y perjudicial al Instituto; mas las circunstancias de los tiempos no permitían en España ligar con perpetuos vínculos de esta naturaleza á sujeto alguno, y así, para no exponerse á que el Gobierno mandara disolver la Congregación, se pasó por ello en un principio, con ánimo de modificar dicha regla cuando desapareciera el peligro.

El capítulo IX es un breve y perfectísimo compendio de ascética, que comprende subidísimos grados de perfección. Su objeto es presentar los medios de que se ha de valer el Misionero para conseguir su propia santificación, como la reclama uno de los fines principales del mismo Instituto. Comienza por determinar las prácticas espirituales, que todavía hoy rigen, y son: cada año hacer dos veces los ejercicios espirituales de San Ignacio; cada mes un día de retiro espiritual como preparación para la muerte; cada semana confesarse con algún Padre de la Congregación y leer los propósitos de los santos



ejercicios; cada día hacer una hora de meditación, por lo menos, estando en casa, tener lectura espiritual y examinar la conciencia al medio día y á la noche, y cada hora tomarse cuenta con brevedad de lo que uno ha hecho en la hora anterior, saludar á la Virgen santísima con el Avemaría y hacer la comunión espiritual. Aconseja luego el desprendimiento de los padres y parientes, amándolos únicamente con amor de piedad y con caridad bien ordenada, vivir sólo de Jesucristo y tenerle en lugar de padre, madre y de todas las cosas. "Para mayor provecho espiritual y ejercicio de la santa humildad, deben, — dice, — todos alegrarse de que se les avisen las faltas ó defectos que se notaren ó se supieren fuera de confesión,, para persuadir lo cual trae una buena comparación. "Si viéramos, — escribe, — que alguno, sin advertirlo, anda con manchas en la cara ó con la ropa al revés, sin duda le avisaríamos, y el otro quedara por ello muy agradecido; pues lo mismo debemos hacer, y con mayor razón, con los defectos del alma.,"

En cuanto á negación de los gustos, pasatiempos y honras mundanas, nuestro Padre Fundador daba á los suyos en las Reglas el siguiente consejo: "Donde su divina Majestad no fuere ofendido, ni al prójimo imputado á culpa, deseen pasar tribulaciones, injurias, falsos testimonios y afrentas, y ser tenidos por locos, no dando, empero, ellos ocasión alguna.," De cuánta perfección sea lo dicho, cualquiera lo puede fácilmente adivinar atendiendo á lo que pasa por sus adentros cuando le acaecen algunas cosas de éstas.

Para mayor abnegación y llegar antes al aniquilamiento del amor propio ordena á los Misioneros que, en cuanto esté de su parte, busquen los oficios bajos y humildes, aun aquellos para los cuales sienten mayor repugnancia. Manda precaver las tentaciones con los contrarios de ellas, preferir las virtudes sólidas á las letras y prendas naturales, y ejercitarse en la presencia de Dios obrando siempre con rectitud de intención á mayor honra y gloria de Él, y nunca con fin alguno torcido. Mándales, finalmente, huir de la ociosidad, como madre y maestra que es de todos los vicios, y que no se entremetan en negocios seculares, para que así puedan atender más desembarazadamente á las cosas espirituales y de perfección.

Tras estos medios generales de conseguir la propia santifi-

cación comienza á hablar de las virtudes en particular, exponiendo lo más perfecto que hay en cada una de ellas y el modo de ejercitarlas con provecho y perfección. En materia de obediencia, aunque no se hacía entonces voto de ella, era tal la perfección con que se cumplía en virtud de la Regla, que, á imitación de Jesucristo, que se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, todos debían obedecer con prontitud y alegría, aunque fuera dejando la letra comenzada, en todas las cosas en que no habia pecado, aun en las más repugnantes y opuestas al amor propio y á la sensualidad, y no sólo ante el expreso mandato del Superior, mas aun á una simple insinuación de su voluntad, y todo ello, no con espíritu de esclavos, sino impulsados por el divino amor y por ver á Dios representado en la persona del Superior.

En la pobreza parecían los nuestros, aunque sin votos, verdaderos religiosos, y de los más estrechos y observantes, porque no podían poseer rentas ni en particular ni en común, y vivían únicamente de las limosnas de las Misas y de las que espontáneamente les ofrecían los fieles. Tampoco admitían paga alguna temporal en recompensa de su sagrado ministerio, ni aun lo que lícitamente pudieran recibir de los sermones, pláticas, ejercicios, etc. La vida era perfectamente común; á nadie se permitía, como tampoco ahora, tener en su aposento cosa alguna de comida, ni mueble de lujo, ni cosas de recreo ó pasatiempo. La cama debía ser sencilla, con pies de hierro y tablas lisas de madera, con un colchón y la ropa suficiente para el abrigo; el modo de vestir modesto y sencillo, acomodado al de los sacerdotes más edificantes del país, pero sin adorno alguno de seda ni otra cosa de vanidad y ostentación.

En la comida, nuestro amante Padre, que conocía bien la necesidad que los Padres tenían de conservar las fuerzas para el recto desempeño del sagrado ministerio, fué más indulgente y benigno; pero mandó que los alimentos fueran frugales y ordinarios, no delicados y exquisitos, y prohibió, excepto el caso de necesidad, comer ó beber fuera de las horas señaladas, que eran el desayuno de chocolate ó café, que se tomaba por las mañanas, la comida del medio día y la ligera cena de la noche.

En la castidad quería que fuesen como los ángeles del cielo,



huyendo hasta de lo que aun de lejos pudiera en lo más mínimo tiznarla ó mancillarla. En la modestia descende á pormenores que á primera vista casi parecen ridículos, pero que son, en realidad, de mucha edificación en las personas que los observan. "Todo su aspecto, — dice, — debe respirar madurez y virtud, y por eso no volverán con ligereza y puerilidad la cabeza de un lado á otro, sino que, si es menester, lo harán con gravedad y pausadamente. Los ojos no se volverán á una parte y otra, sino que se tendrán verdaderamente bajos, sin fijarlos en el rostro de persona alguna, sobre todo en el de los Superiores ó personas del otro sexo. Se ha de evitar todo gesto afectado, ridículo y extravagante en la cara, nariz y labios, los cuales no deben tenerse ni muy cerrados ni muy abiertos. En su semblante debe aparecer una santa alegría antes que tristeza ú otro afecto desordenado, á fin de que por la serenidad exterior se manifieste la interior. Cuando estén sentados, tendrán las manos, ó decentemente cruzadas ante el pecho, ó extendidas sobre las rodillas, los pies juntos y no uno sobre otro, el cuerpo recto y no inclinado á alguno de los lados. Anden con paso grave y moderado, no con precipitación ni con afectada lentitud. En una palabra, todos los movimientos sean de tal manera decorosos que muevan á devoción y confianza á cuantos los miren." Esta parece la pintura del semblante y de la posición que tomaría un ángel en cuerpo humano.

Sobre la unión fraterna dió consejos excelentísimos, que pueden aprovechar á toda clase de personas. No quería que hubiese entre los nuestros singularidad alguna, ni en las prácticas del ministerio ni en el modo de ejercerlas, y que el porte, así exterior como interior, fuese en todos igual, tomando por blanco á Jesucristo, para que todos pareciesen hijos de una misma madre, y al verlos las personas de fuera dijese luego: "Este es un Hijo del Corazón de María." Para más afianzar esta unión y fraternidad dispuso que se trataran unos á otros con santa y afectuosa deferencia, benignidad y amor, dándose mutuamente el tratamiento que correspondiera á su estado y condición, anticipándose en darse mutuamente muestras de respeto, pero con cierta sencillez que desvaneciera hasta la sombra de toda etiqueta frívola ó mundana. No quería por esta y otras causas que sus Misioneros tomaran parte alguna en la política. Las bases que en este punto asentó están

perfectamente conformes con las enseñanzas que posteriormente dieron Pío IX y León XIII acerca de las relaciones que la Iglesia guarda con los Gobiernos constituidos. Por seguir esta sabia conducta algunas personas, celosas quizá y de buena fe, pero indiscretas, tildaron á nuestra Congregación de mesetiza y qué sé yo de qué otras cosas más; pero contra la censura de algunas personas particulares, que se metieron á juzgar de lo que no debían, podemos oponer la aprobación y los aplausos que de palabra y por escrito tributaron á la Congregación y sus Superiores por su proceder en este punto varios señores Nuncios apostólicos de España y el mismo Papa León XIII. Basta leer la norma de conducta que en esta materia nos trazó nuestro Padre para convencerse de la sinrazón de semejantes calumnias. "Respetarán, — dice, — á los Príncipes y demás potestades constituidas. Se sujetarán á sus órdenes y mandatos con tal que no sean contrarios á la ley de Dios y de la Iglesia, prescindiendo de partidos y opiniones, pues su único partido debe ser el que sigue á Jesucristo, el que practica sus virtudes y declara incesante y cruel guerra á los vicios y pecados." También solía decir, cuando le apuraban sobre estas cosas, que su política era la ascética, y por cierto que en ella salió excelente diplomático para tratar los negocios con Dios y ganarse el corazón de los hombres por ganarlos para Jesucristo.

Así como la caridad que ardía en su corazón no tenía límites, sino que se extendía á todos los hombres, y hasta á sus mismos enemigos y perseguidores, por los cuales rogaba de un modo especial al Señor, así pretendió infundir este mismo espíritu á sus Misioneros, para los cuales dejó escrito: "Abrazarán con un amor universal á todos los hombres, aun los más enemigos y contrarios, rogando de un modo especial por ellos y por sus perseguidores, á quienes mirarán como á insignes bienhechores, pues dice Jesucristo: "Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian." ¡Cuán bien podemos mirarnos acerca de este punto en el P. Claret todos sus hijos! ¡Tan calumniado como fué, según veremos, y tan caritativo con los mismos que le injuriaban y perseguían!

Para mejor cumplir con estas disposiciones prohibió á los suyos leer diarios ó periódicos sin facultad del Superior; pues estas lecturas, como muy cuerdamente dice el Siervo de Dios,